

LA OPERADORA

NEFELIBATA



GRETCHEN BERG

LA OPERADORA

TRADUCCIÓN DE ÁNGELA ESTELLER



Duomo ediciones

Barcelona, 2020

A Elaine Gladys McAnaney Stoddard, abuela

Capítulo 1

15 DE DICIEMBRE, 1952

Los viejos y desgastados botines de Vivian Dalton hicieron crujir la nieve ante los grandes almacenes Freedlander, que derramaban sus luces sobre la acera, mezclándose con el resplandor de las farolas. Con un gesto rápido y cortés de su mano enguantada, Vivian saludó a Betty Miller, a la que había vislumbrado al otro lado del vidrio empavonado del escaparate principal. Freedlander se emperifollaba para las fiestas con la iluminación, las campanillas y todo aquello que se les ocurría poner en el escaparate para que pareciese que en el interior estaba nevando.

Vivian había oído que lo llamaban «empavonado», pero no sabía qué significaba exactamente. Habría jurado que tenía algo que ver con las bandadas de pájaros. Empavonado, pavos. Vaya uno a saber. Vivian solo sabía que le habría gustado estar dentro de aquella tienda iluminada, al otro lado del vidrio empavonado, cómoda y calentita, en lugar de allí fuera, camino del trabajo, con los pies helados dentro de unas botas que, para lo que servían, podría decirse que estaban hechas de papel film.

Betty Miller no tenía que trabajar, ¿a que no? No. Ella estaba allí dentro, cómoda y calentita, haciendo la larga cola para

ver a Santa Claus con sus dos retoños, la pequeña Bitty y Charles Júnior. A Vivian no le sorprendía en absoluto. Tenía que admitir que el Santa Claus de aquel año era de los buenos: gordo, alegre y, al menos, sobrio. Así que allí estaban los Miller, y la cola era mucho más larga que la del año pasado. El año pasado, Jimmy Hixson había dicho que el aliento de Santa Claus olía igual que la gasolinera Sunoco. Su hermano mayor trabajaba en la gasolinera, así que sabía de qué hablaba.

Al oír lo que había dicho Jimmy Hixson, Betty Miller había sido la primera madre en boicotear la cola para Santa Claus, y las otras madres no habían tardado en seguirla, como siempre. Betty ni siquiera se molestó en realizar una llamada de cortesía a la gente de Freedlander para explicar educadamente y marcando las sílabas de forma exagerada que su Santa Claus parecía «tremendamente, ejem, bo-rra-cho». No, aquello habría sido malgastar su tiempo. Vivian no sabía exactamente qué hacía con su tiempo, pero sí sabía que Betty pensaba que su tiempo era más valioso que el de cualquier otra persona. Betty Miller sabía que el boicot iba a funcionar, y las otras madres también, así que pronto la gente de Freedlander supo que sería mejor buscar a otro Santa Claus. Dijeran lo que dijeran la pequeña Bitty y Charles Júnior al Santa Claus sobrio allí arriba en su trono del Polo Norte de vivo color rojo, Vivian Dalton sabía que los Miller iban a pasar unas Navidades maravillosas aquel año. Los Miller siempre pasaban unas Navidades maravillosas.

Aquello era lo que tenían las ciudades pequeñas. Todo el mundo sabía de los asuntos de los demás. Por supuesto, Vivian sabía de los asuntos de los demás, pero, más importante, conocía a la gente. Vivian Dalton conocía a la gente, seguro, y ella era la primera en decirlo. Decía que era más fruto de su intuición que de oír las conversaciones telefónicas privadas, pero

su hija, Charlotte, diría que no, que era «porque escuchaba las llamadas a escondidas».

Charlotte, dándose aires de importancia por pura diversión, bromeaba con sus amigas diciendo que su madre era «sabedora» de la «miríada» de conversaciones entre la buena gente de Wooster. Para ser sinceros, «sabedora» y «miríada» eran dos palabras que Vivian habría empleado de haber conocido su significado. Sin embargo, aunque Vivian no era estúpida, su educación no había ido más allá de sexto de primaria en la escuela de la calle Bowman. Tampoco es que se hubiese topado con las palabras «sabedora» y «miríada» al pie de las llamativas fotos de sus revistas de moda y cine. Charlotte se veía obligada a poner los ojos en blanco y a suspirar cuando se lo explicaba a sus amigas: «Mi madre no confía en la gente que lee libros».

Era una pena que Vivian no conociera las palabras «sabedora» y «miríada», porque le habrían encantado. Sonaban a elegancia y a dinero. Sonaban como las palabras que los Faroles de la zona norte de Wooster probablemente utilizaban todo el tiempo, incluso en Buehler, cuando compraban lo que fuera que compraran allí: sus costillas de primera calidad, las pinzas de langosta, las fanegas de caviar y cosas por el estilo. Vivian espiaba las llamadas y también escudriñaba los carros de la compra en el supermercado. Sí, seguro que la gente como los Miller utilizaba palabras como «sabedora» y «miríada» en Buehler. Sus cuatro ricos hijos probablemente *sabedoraban* y *miriadaban* por toda la tienda. La pequeña Bitty y Charles Júnior probablemente habían utilizado aquellas mismas palabras al hablar con el Santa Claus sobrio de Freedlander.

Mientras iba camino al trabajo, haciendo crujir la nieve bajo sus pies y exhalando nubecitas blancas heladas con cada respiración, Vivian no pensaba en palabras que no conocía. Pensaba en lo contenta que estaba porque Betty Miller la había

visto con su sombrero nuevo. Aquella misma tarde, en Beulah Bechtel, solo quedaba uno, y Vivian lo había depositado sobre el mostrador, al lado de la caja, con los dedos temblorosos por los remordimientos de no estar ingresando el dinero que costaba el sombrero en su cuenta corriente. Había visto a Betty revoloteando junto a los abrigos de piel, mirando el sombrero con avidez. Lo miraba casi como si fuera a comérselo para almorzar con aquellos dientes pequeños, blancos y puntiagudos. En realidad, los dientes de Betty Miller no eran puntiagudos, pero Vivian los imaginaba de ese modo. Dientes puntiagudos acompañados por una boca despiadada que podía desgarrar la carne de los huesos a la vez que sonreía y hablaba del tiempo.

Vivian había estado ahorrando durante meses para poder comprarse aquel sombrero. Justamente aquel sombrero. Aquel hermoso sombrero que sabía que no había sido confeccionado para alguien como ella, pero que, quizás, al comprarlo, le haría sentir un poco de lo que sentían los Faroles de la zona norte. Digna de algo bonito. Anda que si llegaba a decirle a Edward cuánto le había costado, la habría internado en un manicomio. Probablemente, Betty Miller podría haberse comprado cuatro o cinco de esos sombreros ese preciso día, allí mismo. Eso, en el caso de que hubiesen tenido más.

–Está de suerte –le había dicho a Vivian la dependienta (¿quizá llamada Doris?) mientras envolvía el sombrero en aquel papel color lavanda–. Es el último.

Vivian, con sus desgastados botines pero con un resplandeciente sombrero nuevo, abandonó el gélido aire nocturno y entró en el edificio de ladrillos, cerrando la puerta tras de sí con un «¡Brrrr!» antes de dirigirse hacia el guardarropa. Encogida, se desprendió del abrigo y después, con mucho cuidado, se quitó el sombrero. Doris, la dependienta de Beulah Bechtel, había

dicho que era «de color azul Prusia», pero Vivian no sabía qué era eso. Pensaba que tiraba a azul marino. Beulah empleaba a muchachas de la escuela universitaria y probablemente Doris iba allí a estudiar prusiano o algo parecido. En cualquier caso, el azul le combinaba con los ojos y le gustaba especialmente cómo el sombrero le caía sobre la ceja derecha en uno de los lados. «Chic», había leído en sus revistas de moda, pronunciándolo «chick» para sus adentros. Con cuidado, colocó el sombrero en equilibrio sobre su viejo abrigo de invierno en una de las perchas de la taquilla y después se encaminó por las desgastadas tablas de madera hacia la sala de la centralita, donde empujó la silla giratoria hacia fuera y se acomodó deslizándola hasta la mesa para colocarse los auriculares.

—¿Quién se casa? —le preguntó a Dorothy Hoffman, que ya llevaba allí sentada probablemente desde hacía más de quince minutos.

—¿Cómo? —Dorothy se quitó el auricular y se lo colocó al lado de la oreja, volviéndose hacia Vivian.

—¿Quién se casa? Al final, en la canción *El granjero en el valle*, ¿quién se casa? ¿La oveja?

—¿La oveja?

En la frente pálida de Dorothy, las cejas hechas a lápiz se frunció hasta tomar la forma de una eme irregular.

—¿No? —preguntó Vivian, observando las cejas de Dorothy.

Debería haber utilizado un lápiz de cejas de color marrón en lugar de uno de color negro. El negro la hacía parecer enfadada, y Dorothy seguramente solo se sentía un poco molesta, como siempre que Vivian llegaba un poco tarde y se ponía a hablar de canciones infantiles.

—¿Por qué se tendría que casar la oveja?

—No lo sé. Por alguna razón, no puedo quitármelo de la cabeza. Tal vez sea algo con el sonido *eee*... —Se volvió hacia el

panel en calma que tenía ante ella y lo examinó con la cabeza ladeada-. «La eeee se casa...».

-Es el granjero el que se casa -dijo Dorothy, porque pese a que estaba molesta con Vivian, no podía permitir que siguiera creyendo que era la oveja la que se casaba.

-¿El granjero? ¿Estás segura? -Vivian se volvió hacia Dorothy con una clara expresión de duda en el rostro.

Cielos, era una canción infantil. ¿Por qué no se podía casar la oveja?

-Creo que ni siquiera sale una oveja en la canción. Probablemente estés pensando en «el queso».

-¿El queso?

-Sí, cielo, el queso.

Vivian desvió su atención hacia el panel con una sacudida vigorosa de los rizos negros como el petróleo, que se había peinado con esmero para parecerse a la Bette Davis de *Eva al desnudo*.

-Bueno, lo que está claro es que el maldito queso no se casa -murmuró, y empezó a reírse al imaginarse a dos lonchas de queso ante un sacerdote. Una de ellas ataviada con un velo.

-Claro que no. -Dorothy, como hacía algunas veces, miró hacia el cielo en busca de ayuda-. El queso se queda solo. El queso se queda solo, el queso se queda solo... -cantó, tapando el micrófono con la mano.

De vez en cuando, se producía un cortocircuito en el cableado, y aunque la operadora hubiese recordado pulsar el botón de silencio, se podía oír su voz en la línea conectada. Dorothy había aprendido la lección de los fallos técnicos a fuerza de disgustos, y desde entonces era extremadamente cuidadosa: cuando hablaba con las otras chicas de la sala, activaba el modo silencio y cubría el auricular con la mano.

El mismísimo alcalde de Wooster la había oído pronunciar la palabra que empieza por jota y la habían suspendido de empleo y sueldo durante dos semanas. Vivian nunca decía la palabra que empieza por jota, pero decía todas las demás, y se cuidaba bien de tapar el micrófono con la mano cuando hablaba con las otras chicas.

Al volver a mirar el panel, Vivian frunció el ceño, pensando de nuevo en aquel queso que se quedaba solo. Podía verlo: una cuña de queso suizo lleno de agujeros iluminado por la luz de un foco, completamente solo sobre la mesa del comedor. Queso solo. Queso soltero. De repente, en el panel, una de las luces parpadeó. Rápidamente introdujo la clavija en el agujero, subió el interruptor y se ajustó el micrófono.

–Número, por favor.

Vivian estaba un poco preocupada por aquel queso, allí solo en medio del haz de luz, así que conectó la llamada y activó el modo silencioso. De no haber estado distraída, habría escuchado la conversación.

«Se aprenden muchas cosas», le había dicho a Edward en una de sus primeras citas.

Aunque se suponía que no debían hacerlo, Vivian y las otras chicas sentadas ante los paneles de la Ohio Bell en la East Liberty Street escuchaban las llamadas telefónicas. Cada día, introducían las clavijas en los agujeros, subían el interruptor y se pegaban a los auriculares para enterarse de lo que ocurría en Wooster. Se podría decir que eran los oídos del pueblo. Aunque si de Vivian dependiera, serían mucho más.

Vivian te diría que tenía un conocimiento realmente agudo de la gente y de sus caracteres, y las escuchas en Bell no hacían más que mejorarlo. Podría decirte muchas cosas sobre determinadas situaciones solo basándose en unos pocos detalles. Por ejemplo, cuando Ray Barnes telefoneó a su madre desde

Nueva York para decirle que le tenía preparada una buena sorpresa, Vivian supo que aquella sorpresa era una nueva novia, y también supo que a la señora Barnes no iba a gustarle en absoluto. Probablemente no le faltaba razón, para ser honestos; aquella novia era, con toda seguridad, una zorra. Las chicas buenas iban a Nueva York desde los pueblos, y no al revés.

Ruth Craven había estado escuchando el día en que la madre de Ray Barnes llamó a su hermana, que vivía en Mansfield, para quejarse de que «Raymond había traído a casa una chica fácil de Nueva York», que estaba corrompiendo a su «pobre e inocente muchacho». «¡Ahora escucha música de negros!». Ruth se encargó de informar al resto de las chicas de la centralita sobre el tema, y de recordarles lo que Vivian había dicho. Algunas de ellas disfrutaban tomándole el pelo cuando decía que conocía a la gente, pero todas empezaron a mostrarle algo más de respeto después de aquella llamada.

«No se necesita ninguna de esas lujosas licenciaturas para conocer a la gente, ni siquiera haber terminado el bachillerato», decía.

Últimamente casi no había nada de lo que estar al corriente sobre nadie, y Vivian por poco no se había quedado dormida ante el panel en varias ocasiones. La gente de Wooster hablaba sobre los temas más aburridos que se pudiesen imaginar. Por ejemplo, aquella misma semana. El lunes, la señora Butler se quejó a la señora Young de que su hija, Maxine, jamás la llamaba, incluso después de haberle enviado aquella colcha decorada con motivos de molinillos y estrellas en la que tanto había trabajado. El martes, Earl Archer llamó a su esposa, Dora, desde la taquilla de la estación de ferrocarriles porque se había dejado de nuevo la billetera en la encimera de la cocina, y quería que por favor tomara el autobús y se la llevara. El miércoles, Clyde Walsh llamó a Ginny Frazier para preguntarle

si le gustaría ir a tomar algo con él al A&W aquella tarde una vez que hubiese terminado de quitar la nieve de delante de la casa de su madre, y Ginny Frazier (por enésima vez) se negó.

Vivian había conectado todas aquellas llamadas y, aunque eran aburridas, las había escuchado y se había formado una opinión al respecto. Pensaba que la señora Butler debería subir al coche, ir a Columbus, entrar en casa de Maxine y recuperar la dichosa colcha. Pensaba que Earl debería mover su viejo y arrugado trasero hasta casa, en lugar de hacer que Dora tomara el autobús con aquel frío solo porque era un idiota despistado y desconsiderado. Y pensaba que Ginny Frazier debería reflexionar largo y tendido sobre las oportunidades que tenía de encontrar algo mejor que Clyde Walsh. Si él podía pasar por alto su cara de pan, bien se merecía una hamburguesa y una bola de helado en el A&W. ¿Cuántos chicos de su edad todavía le quitaban la nieve del camino a sus madres? Y había escuchado suficientes llamadas de Clyde a Ginny como para saber que el muchacho iba en serio. Vivian creía que aquel tipo de devoción romántica merecía una recompensa. Pero los consejos de Vivian jamás llegarían a oídos de la señora Butler, ni a los de Earl o los de Ginny, y todos ellos se perderían algo.

Vivian no siempre reconocía las voces de los que llamaban, o los números de teléfono que le proporcionaban. Wooster era pequeño, pero no tanto. Si la voz o el número no le eran familiares, era imposible saber quién estaba al otro lado de la línea, aunque Vivian siempre era capaz de encontrar la solución a sus problemas. Había días en los que pensaba que los que llamaban deberían saber que ella estaba escuchando y que quizás así, en lugar de limitarse a espiar, podía meter baza y ofrecerles aquel buen consejo que sabía que necesitaban. Sería mucho mejor para ellos, seguro. Pero no podía hacerlo. Se suponía que las operadoras no podían escuchar las llamadas. Vivian no

podía asegurar si aquello era una norma específica o solo algo que no estaba bien visto; hacía tanto tiempo que había leído las normas... Si le preguntaran, se reiría y diría que, de todas maneras, no había nada importante que oír. Colchas, billeteras olvidadas y el A&W. Por Dios.

Las llamadas que desbocaban los corazones de las chicas eran las dirigidas al hospital, a la comisaría de policía o a los bomberos. Vivian tenía el sentido común de conectar aquellas llamadas inmediatamente. Aunque, claro, algunas veces escuchaba, solo para asegurarse de que la llamada no se hubiese originado en su propia casa. Porque, pese a lo lista que era, Charlotte había cogido la costumbre de hacer palomitas al regresar de la escuela y podría descuidarse con los fogones. Y solo el Señor sabía cuándo Edward se cortaría el brazo con una de esas afiladas herramientas que guardaba en el cobertizo o se pillaría la mano con el martillo en el banco de trabajo del sótano.

Aunque lo que le habría encantado a Vivian es oír un escándalo. Algo fuera de lo común. Algo como aquel asunto que Edward le explicó sobre Julius y Ethel Rosenberg. ¡Espías soviéticos! La misteriosa historia había llegado a las noticias internacionales, pero a Vivian lo que le interesaba básicamente era que los espías estaban casados. Eso sí que era amor verdadero. Y de haber escuchado a escondidas una llamada entre Julius y Ethel, podrías apostar todo tu dinero a que tendría algún consejo que darles.

Pero por lo que Vivian había podido averiguar conectando llamadas en la centralita, no había espionaje en Wooster. No, lo que pasaba en Wooster era que la señora Butler malgastaba su tiempo confeccionando una colcha para una hija desagradecida, que Earl Archer era un idiota despistado que no sabía valorar a su esposa y que Ginny Frazier pensaba que podía cazar

a alguien mejor que Clyde Walsh. También que en el exterior hacía frío, que quedaban unas pocas semanas para Navidad y que Freedlander tenía un Santa Claus sobrio y agradable con la tarea de recordárselo a todo el mundo.

Vivian todavía tenía esperanzas de que pasara algo emocionante en aquella fría noche de diciembre, sentada ante el panel de control. Inquieta, aburrida, tarareando canciones infantiles y medio a la espera de descubrir espías o, al menos, un escándalo matrimonial en su pequeño pueblo de Ohio. Si hubiese sido capaz de quitarse de la cabeza al granjero, su valle, el solitario queso soltero y a Julius y Ethel Rosenberg, habría podido escuchar la voz de su querida abuela ya fallecida diciendo lo que solía decir cuando le pedía algo que podía meterla en problemas: «Ten cuidado con lo que deseas».

Capítulo 2

El panel permaneció oscuro durante unos minutos, y Vivian aprovechó para apartar el micrófono y apoyar el mentón sobre la mano mientras pensaba en la posibilidad de que hubiera espías en Wooster. Si se lo preguntases a ella, te diría que poco probable, aunque Wooster no estaba falto de sus momentos emocionantes. Habían ocurrido ciertos sucesos. El tipo de sucesos que se grababan en las mentes de la gente del lugar y que regresaban a esas mentes en forma de preguntas en la soledad de sus ratos libres. De los que llenaban las conversaciones, de vez en cuando, mucho tiempo después de que hubiesen sucedido.

Como la conmoción que provocó cinco años atrás el intento de robo y tiroteo en los grandes almacenes William Annat durante las Navidades. ¡Un tiroteo! ¡En Wooster! Nadie podía creerlo: tres hombres armados de Akron habían tratado de robar la caja. Y de Akron, quién lo iba a decir. Era impensable que a un ciudadano de Wooster le diera por entrar en una tienda en Navidad y empezara a disparar, por todos los santos. De no haber sido por el valiente encargado y la avispada dependienta, que llamó a la operadora para que la comunicara con la policía, a saber qué habría ocurrido. La avispada dependienta había sido Violet, la hermana pequeña de Vivian, y Vivian seguro que habría perdido los nervios de haber estado ante el

panel de control aquella noche. Ellen Leonard había atendido aquella llamada.

«¡Ay, Señor!», había exclamado Vivian cuando Ellen le describió la conmoción que se había vivido en la central de Bell aquella noche. «¡La leche!», le había dicho a Violet. Aunque Vivian sabía cómo comportarse y qué decir ante desconocidos y gente de poca confianza, no tenía en cuenta su lenguaje cuando estaba rodeada de su familia.

Violet había dejado su trabajo en William Annat poco después, porque tenía un marido, dos niños y dos gatos y no necesitaba aquella clase de preocupaciones en su vida, y Ellen Leonard había utilizado su única noche sobrecogedora en la centralita para mudarse a Cleveland, donde también había una sucursal de Bell, pensando que estaba preparada para una ciudad más grande y para sus llamadas más grandes. Vivian pensaba que más valía que así fuera, porque si los hombres de Akron se dedicaban a tirotear las tiendas en Navidad, a saber qué harían los de Cleveland...

Durante los siguientes años, el intento de robo fue la comidilla del pueblo. Al menos hasta el pasado junio, cuando el astuto Gilbert Ogden se apropió fraudulentamente de doscientos cincuenta mil dólares del banco Wayne de Ahorro y Préstamos, en North Market Street, donde trabajaba como cajero. Según decía la primera página del *The Daily Record*, tomó el dinero y se evadió con la secretaria del director del banco. Aunque Vivian podría haber adivinado su significado, decidió buscar «evadió» en el diccionario que le había tenido que comprar a Charlotte para la escuela.

Evadirse

Partir secretamente y esconderse. <Se evadió con el dinero robado.>

Charlotte cursaba segundo curso en el instituto Wooster. Le habían permitido saltarse primero después de corregir a la profesora en el uso de «librar» y «liberar» y conocía palabras como «evadir», «sabedora» y «miríada». También le gustaba mucho leer libros y se la conocía por poner los ojos en blanco cada vez que su madre se jactaba de que «conocía a la gente».

Vivian había pasado días exprimiéndose el cerebro tratando de recordar si había escuchado a escondidas alguna conversación telefónica entre Gilbert Ogden y la secretaria antes de que se evadieran. Dijo que tenía un «presentimiento» sobre ese Gilbert Ogden, con aquellos ojos huidizos que, tras las gafas redondas y de montura de acero, lo observaban todo, y con aquel tic nervioso que le hacía tocarse a todas horas su pajarita con aquellos dedos rechonchos que, además, se mordía. «Es señal clara de un Purvis Nervioso», comentaba siempre de aquellos que se comían las uñas.* No desearías por nada del mundo que empezara a hablar de los que llevaban gafas.

Así que no, Vivian no se sorprendió en absoluto cuando leyó el asunto del robo. Pero para Vivian, el robo, aunque podría ser algo excitante en un pueblo como Wooster, no era la verdadera noticia. La verdadera noticia era el romance ilícito entre Gilbert y la secretaria, Flora Parker. «Ilícito» era una palabra que Vivian conocía bien porque aparecía por doquier en sus revistas de cine.

—¡Flora Parker, válgame Dios! ¿Quién se lo habría imaginado? —le dijo a Ruth Craven durante una de las pausas a primera

* Se refiere aquí a Mel Nervous Purvis, también conocido como Pequeño Mel, abogado y célebre agente estadounidense del FBI que, tras apresar a los atracadores de bancos John Dillinger y Pretty Boy Floyd y en el punto álgido de su carrera, fue relegado a tareas administrativas por J. Edgar Hoover, que no podía soportar el hecho de compartir el protagonismo de la agencia. (*N. de la T.*)

hora de la tarde en la centralita—. Aunque... —vaciló, pellizcándose el labio con los dedos—. ¿No era de Nueva York?

Ruth asintió.

—De Nueva York. Y algo más mayor. Aunque bonita.

—¿Tenían hijos ella y su marido?

Aquello lo habría empeorado todo, y cuanto peor era un escándalo, mejor era comentarlo.

—No creo.

Vivian se había encogido de hombros y, recordando la canción infantil, había pensado: «Así que el plato se escapó con la cuchara». Aquello sí que resultaba inesperado. Era la propia versión woosteriana de Bonnie y Clyde, y no era de extrañar que Vivian no encontrara nada sospechoso en que el apellido de Bonnie fuera también Parker. Los nombres tenían mucha más importancia de lo que la gente creía.

Vivian había pensado que Flora y Bill Parker eran una de esas cargantes parejas felices, todo paseitos del brazo y miraditas a los ojos que ella misma les había visto echarse. Estaban tan embelesados como una pareja de tortolitos. Pero ¿quién sabía lo que ocurría realmente de puertas adentro? Vivian se tomaba su «conocimiento de la gente» en serio y, especialmente desde el escándalo de Gilbert y Flora, era muy dura consigo misma por no haber advertido las señales con anterioridad (o en absoluto).

Se consolaba con la idea de que, aunque se cruzaba con Flora Parker de vez en cuando, solo había hablado con ella en una ocasión, unos pocos años antes del robo. Habían coincidido en la cola de Buehler y solo había sido una charla sin importancia.

—Las cajeras tienen ganas de hablar hoy, ¿verdad?

—Sí, hacen que la cola vaya más lenta.

A continuación, Flora Parker había encontrado algo interesante dentro de su bolso, y Vivian dedujo que no estaba de

humor para charlar, aunque ella sí que habría podido hablar largo y tendido sobre aquellas cajeras. Las pocas palabras que habían intercambiado no habían sido suficientes para que Vivian se formara una idea clara de Flora.

Había advertido la lata de manteca vegetal en el carrito de la compra de Flora, y aquello ya era algo. Si Flora hubiese sido una buena ama de casa, habría cocinado con mantequilla o grasa, pero Vivian no iba a juzgarla por eso. Ella también tenía sus propias preocupaciones aquella tarde. Era su décimo aniversario de boda, y estaba comprando el queso favorito de Edward, el Baby Swiss de Amish Country, tratando de organizar el resto de la cena y preguntándose qué objeto de hojalata le iba a ofrecer su marido como regalo. Los diez años eran de hojalata. Fuera lo que fuera, probablemente lo estuviera fabricando en su banco de trabajo del sótano. «Será mejor que no sea otra maldita regadera». Ya le habían regalado una hace tiempo, en uno de sus cumpleaños.

Dorothy carraspeó y devolvió a Vivian al presente, donde varias luces parpadeaban en el panel que tenía ante ella. Cuando se sumía en aquel ensimismamiento, se necesitaba un buen codazo para hacerla regresar. Tomó aire por los orificios nasales e introdujo la clavija.

–Número, por favor –dijo.

Y rápidamente comunicó la llamada antes de responder a la siguiente. Quizás aquella fuera la de los espías comunistas.

–Número, por favor.

–Viv, ¿eres tú?

–Sí, cariño.

Después de quince años y medio de matrimonio, Edward ya nunca sorprendía a Vivian, aunque casi la asombró que su marido reconociera su voz al otro lado de la línea. Había perdido oído, o al menos, eso decía. Al parecer, iba y volvía. La pérdida

de oído alcanzaba el máximo cuando le recordaba que se recortara los pelos de la nariz o que pusiera los calcetines sucios en el cesto de la colada. Pero vaya cómo mejoraba cuando ella y Charlotte estaban hablando de comprar un vestido nuevo. Estaba segura de que podría oír un silbato de perro si el silbato hablara de gastarse su dinero.

–Han cancelado la reunión de esta noche, así que ya estoy en casa.

Como de costumbre, sonaba cansado.

–De acuerdo.

De todos modos, Vivian no tenía ni idea de qué hacían en aquellas estúpidas reuniones. Francmasones. ¡Bah! Hombres adultos teniendo reuniones secretas sobre solo Dios sabe qué. Sencillamente, sonaba a una versión adulta de su cabaña en el árbol con el letrero «CHICAS NO» en el exterior pero con el nombre de «sociedad». Edward estaba bastante ocupado, trabajando en dos sitios a la vez. De no disfrutar de la casa para ella sola, el hecho de que Edward eligiera pasar la mayor parte de su tiempo libre con un puñado de hombres en lugar de quedarse en casa con su familia la habría preocupado.

–Dejaré la luz del porche encendida.

–Gracias.

Desconectó a Edward y atendió una llamada en espera.

–Número, por favor.

La persona que llamaba, cuya voz no reconoció, pronunció el número de teléfono de la casa de Betty Miller, que Vivian sí reconoció. Miró hacia el reloj colgado de la pared; las once menos diez. Le parecía extremadamente tarde para llamar a alguien que tenía familia y niños pequeños. Supuso que, después de Freedlander, Betty Miller habría llegado a casa, habría disfrutado de una elegante cena consistente en un perfecto pavo asado o algún ave similar, servido sobre los platos de porcelana

más exquisitos del mundo y con cubertería de plata de ley, y a continuación habría acostado a sus perfectos, pequeños y ricos hijos, probablemente vestidos con pijamas confeccionados con el hilo de oro más fino y delicado. Aquello le trajo a la mente la canción infantil *El viejo rey Cole*: «*Pidió su pipa, pidió su bol y a tres violinistas llamó...*».

Pensó que se sentía algo cansada. La llamada de Edward y su comentario sobre la luz del porche le habían provocado ganas de llegar a casa para apagar la luz del porche, subir pesadamente las escaleras y meterse en la cama. Además, no tenía ningún interés en escuchar a Betty Miller decir lo fabulosa que era su vida, que su fiesta de Navidad iba a ser el acontecimiento de la temporada, que el mismísimo Dios iba a buscar un hueco en su agenda para tener la oportunidad de sentarse en su salón y sorber champán con la *crème de la crème* de la sociedad de Wooster. Sin embargo, se quedó de piedra cuando la persona que llamaba dijo:

–Hola, soy yo.

Aquella voz femenina, desconocida, era grave y reservada, casi tan seductora que Vivian se sintió incómoda. Como cuando tenía trece años y había encontrado a su hermano y a Edith Cramer en el asiento trasero del Ford Modelo T de la familia. Un estremecimiento le recorrió el cuerpo y reprimió una arcada, y a continuación miró de reojo hacia el panel, como si el hecho de mirar de reojo pudiera ayudarla a averiguar quién era ese «yo».

–No te lo vas a creer –dijo la voz.

Y aunque Vivian estaba segura de que la incredulidad tendría simplemente que ver con una nueva y sorprendente manera de cocinar la langosta, el cangrejo o cualquier otro caro marisco, permaneció a la escucha, aguantando la respiración. Después de un minuto, tenía el cuerpo completamente rígido

y los dedos se clavaron en la mesa hasta el punto de que se volvieron blancos. El corazón le empezó a latir desbocado en el pecho y se le secó la boca. Vivian siguió escuchando en un estado de parálisis y pasmo, boquiabierto ante la centralita y sintiendo como si pusieran todo su mundo patas arriba.